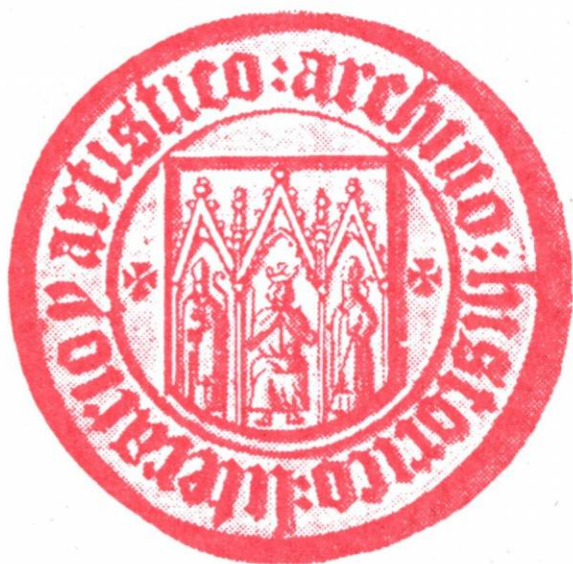


ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA



SEVILLA, 1993

ARCHIVO HISPALENSE
REVISTA
HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA



Publicaciones de la
EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE SEVILLA
Directora: ANTONIA HEREDIA HERRERA

RESERVADOS LOS DERECHOS

Depósito Legal SE - 1958. I.S.S.N. 0210-4067

Impreso en Gráficas del Sur - Becas, 10 - SEVILLA

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA

PUBLICACIÓN CUATRIMESTRAL

2ª ÉPOCA
1993



TOMO LXXV
NÚM. 231

SEVILLA, 1993

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA
2ª ÉPOCA

1993

ENERO-ABRIL

Número 231

Directora: ANTONIA HEREDIA HERRERA

CONSEJO DE REDACCIÓN

MIGUEL ÁNGEL PINO MENCHÉN, PRESIDENTE DE LA DIPUTACIÓN PROVINCIAL

RAFAEL GAMERO GARCÍA

FRANCISCO MORALES PADRÓN

ANTONIO DOMÍNGUEZ ORTIZ

MANUEL GONZÁLEZ JIMÉNEZ

ANTONIO COLLANTES DE TERÁN SÁNCHEZ

JOSÉ M^º DE LA PEÑA CÁMARA

VÍCTOR PÉREZ ESCOLANO

CARLOS ÁLVAREZ SANTALÓ

JOSÉ HERNÁNDEZ DÍAZ

PEDRO M. PIÑERO RAMÍREZ

ROGELIO REYES CANO

ESTEBAN TORRE SERRANO

ENRIQUE VALDIVIESO GONZÁLEZ

JUANA GIL BERMEJO

ANTONIO MIGUEL BERNAL

SECRETARÍA Y ADMINISTRACIÓN:

CONCEPCIÓN ARRIBAS RODRÍGUEZ

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y DISTRIBUCIÓN: PLAZA DEL TRIUNFO, 1
TELÉFONO 422 28 70 - EXT. 213 Y 422 87 31
41071 SEVILLA (ESPAÑA)

NÚMERO MONOGRÁFICO

José Blanco White

SUMARIO

	Páginas
Número monográfico «Blanco White»	
INTRODUCCIÓN	13
ARTÍCULOS	
SECO SERRANO, Carlos: <i>La España de Blanco White</i>	17
PONS, André: <i>Blanco White y la emancipación hispanoamericana, El Español, 1810-1814</i>	31
AYMES, Jean-René: <i>La contraposición de los ideales políticos en la España de Blanco White (1808-1814)</i>	53
SÁNCHEZ MANTERO, Rafael: <i>El exilio político en tiempos de Blanco White</i>	75
REYES CANO, Rogelio: <i>Blanco White y la literatura española</i>	89
ALBERICH, José: <i>Las cartas de España de Blanco White y los viajeros ingleses de la época</i>	105
MURPHY, Martin: <i>El español Blanco White en Inglaterra</i>	127
GARNICA SILVA, Antonio: <i>El heterodoxo Blanco White</i>	137
GIL GONZÁLEZ, J. M. y otros: <i>La Academia de Letras Humanas. Figuras estelares junto a Blanco</i>	155
CUEVAS, M. A: <i>Blanco White y el misterio de la noche</i>	173
LIBROS	
TEMAS SEVILLANOS EN LA PRENSA LOCAL	187
CRÍTICA DE LIBROS	
CARO, Rodrigo: <i>Varones insignes en letras naturales de la ilustrísima ciudad de Sevilla</i> . Antonio Castro Díaz	201

RAVINA MARTÍN, Manuel: <i>Catálogo de los documentos genealógicos del Archivo Histórico Provincial de Cádiz.</i> Antonia Heredia Herrera	205
BORRERO FERNÁNDEZ, Mercedes: <i>Andalucía. La España gótica.</i> Enrique Valdivieso	206
CÓMEZ RAMOS, Rafael: <i>La iglesia de Santa Marina de Sevilla.</i> José Fernández López	207

INTRODUCCIÓN

Recogemos en este número especial de *Archivo Hispalense* las conferencias del Seminario de Otoño que con el título de «José Blanco White y su tiempo» organizaron en el mes de septiembre de 1993 las Facultades de Filología y Geografía e Historia de la Universidad de Sevilla y la colaboración de los Vicerrectorados de Extensión Universitaria de las Universidades de Sevilla y Cádiz.

Con este Seminario se celebraba académicamente el segundo centenario de la fundación de la Academia Particular de Letras Humanas de Sevilla, aquella especie de «universidad paralela» para el estudio de la Literatura y la Oratoria que organizó un grupo de jóvenes universitarios sevillanos en la última década del siglo XVIII. La Academia particular fue la mejor manifestación del Prerromanticismo sevillano, que posteriormente tendrá gran influencia en la vida política y literaria de España, como lo demuestran los nombres de algunos académicos: José Blanco White, Alberto Lista, Félix José Reinoso, Manuel María de Arjona y Manuel María del Mármol.

Las conferencias del Seminario se reunieron en dos grandes bloques temáticos, uno de ellos histórico, para situar la Academia y los académicos en las circunstancias históricas del tiempo, y otro literario-biográfico dedicado particularmente a la figura de José Blanco White. En la parte histórica, Carlos Seco Serrano, catedrático de la Universidad Complutense, sitúa a Blanco White en el contexto de la España de su tiempo; André Pons, profesor emérito en el Colegio Universitario de La Rochelle trata de un tema que ha estudiado durante mucho tiempo con todo detalle: la influencia de Blanco en la independencia hispanoamericana; J. R. Aymes, de la Universidad de París, de los diferentes ideales políticos de la España de Blanco, y Rafael Sánchez Mantero, catedrático de la Universidad de Sevilla, trata el tema general de la emigración de los políticos españoles en el tiempo de Blanco.

En el aspecto literario y biográfico, Rogelio Reyes Cano, catedrático de la Universidad de Sevilla, analiza la relación de Blanco con la tradición literaria española; José Alberich, profesor emérito de la Universidad de Exeter, encuadra las *Cartas de España* entre los relatos de los viajeros ingleses de la época; Martin Murphy, tutor en la Universidad de Oxford,

habla de la vida de Blanco en Inglaterra; Jesús Díaz, profesor de la Universidad de Sevilla, sobre la obra poética de Blanco, y Antonio Garnica, catedrático de la Universidad de Sevilla, sobre la heterodoxia de Blanco.

Los participantes de la mesa redonda sobre la Academia Particular, Dres. J. Matías Gil, Juan Naveros, Juan Rey y Antonio Ríos, investigadores de Alberto Lista, Manuel María de Arjona, Manuel María del Mármol y Félix José Reinoso, respectivamente, hacen un estudio de lo que fue aquella sorprendente institución.

Antonio GARNICA SILVA
Rafael SÁNCHEZ MANTERO
Directores del curso

EL ESPAÑOL BLANCO WHITE EN INGLATERRA

El 6 de noviembre de 1833, Blanco White escribió en su diario el siguiente diálogo imaginario:

«Nosotros somos ingleses y ellos son franceses –una pandilla de pícaros mendigos.

Nosotros somos franceses, y ellos son ingleses – *Sacre!*

Nosotros somos españoles, y ellos son americanos.

Nosotros somos rusos, y ellos son polacos.

¿No es curioso que palabras tan diferentes de significado como inglés, francés, español, polaco, etc., tengan el mismo efecto sobre las pasiones y sentimientos de la humanidad?

Estás equivocado. –Atribuyes los efectos en cuestión a la palabra equivocada. Es la palabra NOSOTROS la que los produce».

Esta, como muchas de las reflexiones de Blanco, es aun más relevante hoy que entonces. No es necesario que nadie nos recuerde que el amor patriótico que fomenta la solidaridad, la cohesión y el sentido de identidad también contiene en su interior las semillas del odio y la violencia. «Nosotros» nos define en oposición a «ellos».

Como sucede tan a menudo con Blanco, la verdad general tiene sus raíces en la experiencia personal. Una vez describió su vida como «dedicada a la independencia mental», pero la verdad es que esta independencia y esta separación solitaria no eran innatas en él. Durante toda su vida sintió la necesidad de *pertenecer*, de poder decir «Nosotros». Hacia el final de su vida, escribió sobre su creciente conciencia de (cito) «el gran poder que las tendencias sociales han ejercido sobre mí. Identificarme con algún grupo de hombres dedicados a tareas útiles, y que actuasen de acuerdo a un plan bien dirigido, sé por mis recuerdos que ha sido uno de mis deseos más tempranos». Este *espíritu de cuerpo* es evidente en el orgullo que sintió al pertenecer a su *colegio mayor*, en su juventud, y al Oriel College, Oxford, en su

madurez; por la atracción que sintió hacia la entonces suprimida Compañía de Jesús y más tarde hacia el clero anglicano. Se puede oír el orgullo en su voz cuando en *Cartas de España* escribe como un *sevillano de nuestra Catedral*; al igual que más tarde en Oxford, le encantaba poder pronunciar las palabras *nuestro* colegio y *nuestra* universidad. El uso del pronombre posesivo satisfacía una de sus necesidades fundamentales. Pero había otra necesidad: la necesidad de decir *yo*, de afirmar su independencia mental, e incluso de decir «no serviré».

Esta dicotomía básica es particularmente evidente en la relación de Blanco con Inglaterra y los ingleses, que es el tema de mi charla de hoy. Espero que me perdonarán si abordo esta cuestión desde el punto de vista del biógrafo. En algunos escritores, la vida es casi irrelevante para la obra, pero éste no es el caso de Blanco. En cierto sentido, su obra más importante fue su vida.

Primero, permítanme exponer un problema. Blanco nos dice en muchas ocasiones que tenía la sensación de ser un extranjero en Inglaterra. Sin embargo, comparado con otros exiliados españoles (por ejemplo, los *emigrados* liberales de la década de 1820), él tenía ventajas considerables. Su padre tenía el derecho a la ciudadanía británica, y de hecho actuó como vicecónsul británico en Sevilla. De niño, José María hablaba en inglés con los empleados irlandeses de la oficina de su padre, y estaba rodeado de parientes irlandeses en Sevilla, Cádiz y Huelva. Podría esperarse de él que se considerara, al menos, irlandés, pero éste no era el caso. ¿Por qué era tan ignorante de su herencia irlandesa? Si hubiera estado más familiarizado con ella, habría evitado serios errores en su vida posterior, cuando se vio involucrado en la controversia religiosa y política irlandesa. La respuesta a este problema reside, en parte, en su relación con su padre. Para ser irlandés, Guillermo Blanco era extraordinariamente taciturno y poco comunicativo. Probablemente hayan oído hablar de la piedra de Blarney, una piedra incrustada en la mampostería de un castillo próximo a Cork, que confiere el «don de la conversación» evidentemente, nunca había estado en Blarney. José María nos cuenta que sólo en la festividad de San José, el día de su santo, se permitía su padre una broma cordial. Esta broma anual, viniendo de un hombre que, de principio a fin del año, nunca participaba en ningún tipo de conversación que no fuera de negocios, causaba sensación en la casa. Era Doña Gertrudis, la madre de José María, la que estampaba su personalidad sobre la familia, y esa personalidad era la quintaesencia del carácter andaluz. La mayor parte de los irlandeses de España se casaban entre sí, pero Guillermo White se casó fuera del clan, e incluso cambió su nombre. La dimensión irlandesa del joven, y, como saben, se escapaba de la oficina tan pronto como podía. Él se identificó desde una temprana edad con ser

educado para clérigo, no para oficinista, se desentendió totalmente de sus parientes irlandeses. Éstos formaban parte del mundo mercantil, por el que él sentía un cierto desdén.

Blanco, por lo tanto, no se consideraba irlandés. Con respecto a Inglaterra, la mayor parte de sus conocimientos sobre ella provenían de la literatura y las obras de los escritores del siglo XVIII Gibbon, Hume y Pope, aunque él estaba, por supuesto mucho más familiarizado con los escritores de la ilustración francesa. De lo que había leído, y de sus contactos con los viajeros aristocráticos ingleses que conoció en Sevilla durante 1810-12, se formó la imagen de una Inglaterra ilustrada, escéptica y patricia; una Inglaterra personificada en Lord Holland. Cuando llegó allí, la realidad resultó ser muy distinta, como veremos.

Esto nos lleva a la cuestión de los motivos que impulsaron a Blanco a ir a Inglaterra, y aquí he de confesar que no he sido capaz de resolver el problema a mi entera satisfacción. Aunque él, posteriormente, se definía como un refugiado político y una víctima de conciencia, la verdad es que no fue exiliado: se exilió a sí mismo, y una vez reconoció este hecho al describirse como «un español desterrado a sí mismo». Su decisión puede haber sido el acto impremeditado e impulsivo de un hombre desesperado por escapar de un *impasse* personal.

Lo que es extraordinario es la rapidez con la que asumió una nueva identidad. En el primer número de *El Español* se presentaba a sus lectores como «Mr. White, conocido en España por la traducción de su apellido en *Blanco*... de una familia irlandesa establecida en Sevilla». Esto fue una sorpresa total para sus amigos y antiguos colegas de Cádiz. Ellos conocían a Pepe Blanco, pero ¿quién era este Mr. White? El cambio de nombre jugó un importante papel en la separación de sus aliados naturales. Cuando Manuel Quintana escribió a Lord Holland para protestar por la virulencia del primer número de *El Español*, añadió: «Su patria y sus amigos doleremos siempre de que dé tanto valor a un apellido y origen irlandés, renegando por decirlo así de todos nosotros». «Nosotros»: Blanco ya no era (usando una frase hecha famosa por la Sra. Thatcher) «uno de nosotros».

Habiendo quemado sus naves, Blanco emprendió la tarea de transformarse en un inglés. Esto era más difícil de lo que había previsto. Para empezar, estaba su asociación con la Casa de Holland. Para el extranjero, Lord Holland era el auténtico modelo de milord inglés: ilustrado, cultivado, benévolo, liberal, patricio, sofisticado y escéptico. Él reeducó a Blanco políticamente y le introdujo en los más altos círculos intelectuales. Pero en 1810, Lord Holland empezaba a estar pasado de moda. Un historiador moderno le

ha descrito como «una ballena del siglo XVIII varada en una playa del siglo XIX». No cabe olvidarse que era el heredero político de su pariente Charles James Fox, el gran Whig, que inicialmente había acogido con simpatía y apoyado la Revolución francesa, en oposición al ideólogo Tory Edmund Burke. El mismo Lord Holland había sido jacobino en su juventud, y su esposa (líder del *chic* radical) era una admiradora de Bonaparte e incluso le envió paquetes cuando estaba prisionero en Santa Helena. Todo esto, en el contexto de la Guerra Napoleónica, convirtió a los Holland en objeto de sospechas para el inglés corriente. Se les consideraba antipatrióticos, *afrancesados*, si prefieren. Para empeorar las cosas, se les consideró cripto-ateos. No estaban en sintonía con los tiempos, puesto que en la Inglaterra de 1810, regida por un gobierno Tory y oponiéndose en solitario a una Europa dominada por Francia, el patriotismo y la religión eran inseparables. La guerra contra los franceses se veía casi como una guerra santa contra los infieles, en defensa no sólo del *Trono* sino también del *Altar*. Muchos de los miembros del gobierno Tory pertenecían al nuevo y poderoso movimiento de evangélicos apodados «los Santos», que estaban profundamente comprometidos con un Cristianismo práctico y basado en la Biblia.

Todo esto cogió a Blanco por sorpresa. En España, Blanco se había movido en círculos donde se hacía caso omiso al Cristianismo y no esperaba encontrar que la Biblia estaba más *de moda* en Inglaterra que las obras de Gibbon y Hume. Además, muchas de las amistades personales que hizo en Londres eran evangélicos y por lo tanto miraban con recelo la Casa de Holland. Helo ahí, ansioso por probar sus credenciales como inglés, pero asociado a un político de la oposición que no era «uno de nosotros». Esto explica porqué Blanco llegó a distanciarse un poco de los Holland y a identificarse con los más conservadores. Esto coincidió con su decisión de completar su metamorfosis convirtiéndose en anglicano e incluso en clérigo. Sus motivos para ello son extraordinariamente difíciles de desenmarañar. No me cabe duda de que su decisión estuvo inspirada en parte por el remordimiento y por un renacer de sentimientos religiosos genuinos, pero junto con estos y otros motivos había otros factores influyentes. Convertirse en anglicano daba el toque final a su transformación en inglés, y convertirse en clérigo daba el toque final a su anglicanismo. Una lógica subconsciente estaba actuando. Además, el status social significaba mucho para él, y la adopción de una nueva identidad como «el Reverendo Joseph Blanco White» le elevaba del nivel de un simple periodista a algo parecido al rango del que había disfrutado en España.

Así fue como el *capellán magistral* se transformó en el serio clérigo que hablaba el inglés con tan sólo un levísimo resto de acento extranjero, y lo escribía mejor que la mayoría de los nativos. Y sin embargo, sin embar-

go... Uno de sus textos favoritos era el parlamento de la obra de Shakespeare *Ricardo II* donde el Duque de Norfolk se lamenta ante la perspectiva del exilio:

El idioma patrio que he aprendido
 Más de cuarenta años, me es inútil
 De hoy en adelante. ¿Qué es mi lengua
 Ya para mí sino harpa destemplada
 O instrumento sonoro puesto en manos
 No acostumbradas a pulsar sus cuerdas?

Este es un mensaje y un tema a los que Blanco regresa una y otra vez, y las imágenes musicales son significativas. Era un violinista consumado, con un oído muy fino. Blanco desarrolló un maravilloso estilo de prosa en inglés, pero éste era esencialmente imitativo, puesto como ropa prestada. Lo mismo se puede decir de su poesía inglesa: todo lo más, como en el soneto *Noche y Muerte*, está bellamente construida, pero posee una especie de belleza helada. Sus últimos poemas en español, en comparación, son como una corriente de agua viva emergiendo a la luz del día. El genio de Blanco era voluble, proteico, musical, volátil; en una palabra, andaluz. El inglés llegaría a ser la lengua de su mente, pero nunca fue la lengua de su corazón. Esto es evidente también en su correspondencia. Hay una espontaneidad en sus cartas a su hermano Fernando y a Andrés Bello de la que carece su correspondencia en inglés. Incluso con sus amigos ingleses más íntimos nunca podía bajar la guardia totalmente, aunque se encontraba más a gusto con las mujeres que con los hombres.

Este problema lingüístico también se le presentó a Blanco en su vida religiosa. Los evangélicos afectaban un estilo de piedad más bien forzada, al que sus adversarios llamaban «jerga», caracterizado por la autoacusación y las declaraciones de humildad. Incluso cuando Blanco escribía o pronunciaba esta lengua, era consciente de su falsedad, y ello le avergonzaba. Lo mismo podía decirse, en otro sentido, del lenguaje religioso español, que para él estaba viciado por la retórica. Quizás sólo la música, que carece de palabras, le ofrecía una salida para sus más profundas aspiraciones espirituales. Era profundamente religioso, pero le faltaba una lengua religiosa adecuada.

Cartas de España fue el libro que proporcionó a Blanco su reputación literaria en Inglaterra, y los críticos alabaron su exquisita escenografía y su delicada ironía. Pero *Cartas de España* no era una obra, sino dos. Entre las nostálgicas y vividas evocaciones de la vida española, se halla la apasionada, indignada, amarga sección titulada «Algunos hechos referentes a la formación del carácter intelectual y moral de un sacerdote español», que el

mismo Blanco consideraba más importante. Nunca pudo contentarse con el simple papel de entretener a los lectores: tenía una lección que enseñar, y la lección tenía una relevancia inmediata para la situación política de Gran Bretaña. La moraleja de su autobiografía era que el sistema Católico Romano, del que se consideraba víctima era enemigo del progreso social y la realización humana, y que, puesto que la Iglesia Católica se proclamaba depositaria exclusiva de la verdad, no tenía cabida en una sociedad plural. Esto era música para los oídos de los conservadores Tory, que estaban quemando su último cartucho con una campaña contra la revocación de las leyes que durante más de dos siglos habían hecho a los católicos ciudadanos de segunda clase, y les habían prohibido ejercer cargos públicos. En Irlanda, un país abrumadoramente católico, esto significaba que la gran mayoría de la población estaba privada del derecho al voto. Las «pruebas» aportadas por Blanco en *Cartas de España* a la Emancipación Católica para advertir al público británico del peligro de permitir la entrada al Catolicismo en la constitución británica. Perdieron esa campaña, ya que la Emancipación Católica se promulgó en 1829, pero Blanco fue recompensado por su evidencia con un título honorario en Oxford, donde se estableció en el Oriel College.

Oriel pareció ser la realización de todos los sueños de Blanco: le proporcionó status, pertenencia a una comunidad corporativa rica en tradición, y la perspectiva de una ancianidad tranquila dedicada a la erudición. Ahora podía pronunciar esas orgullosas palabras *nosotros orielenses*. Se alegraba de dejar el ruido y la sociedad de Londres, que crispaban sus nervios, por la paz del claustro. El turismo de masas de nuestra propia era ha alterado Oxford hasta hacerlo casi irreconocible, pero en la década de 1820 era todavía un Bosque de Academia, frondoso entre torres, sus grises muros levantados entre verdes prados y tranquilos arroyos. Pero bajo la superficie no todo era tan tranquilo. Blanco debía su puesto a los conservadores, pero apenas llegó, empezó a moverse en una dirección más liberal bajo la influencia del brillante grupo de intelectuales que hacían de Oriel College el motor intelectual de Oxford. Entre ellos se encontraban hombre como Nassau Senior, el economista pionero, un nuevo tipo de académico que encajaba mejor en Londres que en Oxford, y que ejercía de consejero y diseñador de la estrategia política del gobierno reformista Whig de la década de 1830. El partido clerical de Oxford desconfiaba de estos hombres, apodados los «Noéticos», a quienes consideraban de dudosa ortodoxia y viciados por el espíritu del mundo. Dos partidos opositores estaban empezando a tomar forma. Los conservadores se proclamaban custodios de la sabiduría ancestral y la tradición sólida, mientras que los nuevos hombres se veían como los portadores de la antorcha del intelecto (usando slogans de la época).

Blanco suscitaba curiosidad en Oxford, especialmente entre la genera-

ción más joven, que le consideraba un intelectual errante, con un pasado exótico y misterioso. El Oxford de aquellos días era un universo extraordinariamente insular, con escaso conocimiento de Europa. Los únicos hombres de Oxford que sabían algo de España eran los pocos que habían prestado servicio en el ejército de Wellington, en lo que nosotros los ingleses llamamos La Guerra Peninsular. Se ignoraban la historia y las lenguas modernas, por lo que Blanco fue considerado al principio como una especie de oráculo en cuestiones relativas a España y la Iglesia Católica. Algunos de los jóvenes piadosos que iban a consultarle quedaban desconcertados ante la fuerza de sus sentimientos. Uno de ellos le interrogó un día sobre las órdenes mendicantes de su país nativo. La respuesta fue que uno sabía que había frailes en la ciudad, y que uno sabía que había cerdos, y eso era todo lo que le interesaba saber de cualquiera de ellos.

Es un hecho curioso que los cuatro años que Blanco pasó en Oxford estuvieron entre los menos creativos de su vida. Es cierto que escribió una autobiografía durante este período, pero la fuente de la poesía se secó, y dedicó gran parte de su tiempo a preparar una Historia de la Inquisición que nunca terminó. Era la música lo que le ofrecía una vía de escape, y encontró compañeros que interpretaban cuartetos de Beethoven en sus habitaciones de Merton Lane. Hay una descripción maravillosamente evocadora de un contemporáneo sobre cómo noche tras noche, cualquiera que caminara por el silencio de Merton Lane podía oír los continuos intentos [de Blanco] por superar algún pasaje difícil al violín, volviendo a él una y otra vez, como Filomela a sus vanos lamentos.

Tres años después de que Blanco se instalara en Oxford, la tensión latente en la atmósfera estalló en una guerra abierta. El Miembro del Parlamento para la Universidad de Oxford dimitió de su cargo y se sometió a una nueva elección debido a que había cambiado de opinión sobre la Emancipación Católica, a la que se había opuesto en la anterior campaña electoral. (Los políticos modernos no son tan escrupulosos en su respeto hacia el electorado). Blanco fue persuadido para dar su voto a la campaña, esta vez en apoyo del partido liberal a favor de la emancipación, para gran disgusto de los conservadores, que le habían llevado a Oxford y esperaban que se mostrara agradecido.

La violencia de la campaña le tomó por sorpresa, pero lo que más le impactó fue descubrir que no eran tan sólo los patanes reaccionarios quienes salían en defensa de la causa conservadora: éstos estaban apoyados por *la flor y nata* de la juventud de Oxford, liderada por su joven amigo John Henry Newman, el afable, intelectual, refinado John Henry Newman. Por un lado, estaba el partido de los progresistas de mediana edad; por otro, una

extraña coalición de viejos carcamales y jóvenes reaccionarios. ¡Cómo se parece esto a la escena política de hoy! Blanco estaba tan consternado por esta perversidad juvenil como la generación de los 60 lo está hoy en día al ver a los estudiantes adherirse a causas de derecha. Es verdad que había un elemento de travesura y desafío juvenil en actitud de Newman y sus amigos, pero había también algo más noble: una impaciencia por la oportunidad política y el materialismo y una aspiración hacia ideales más elevados y espirituales.

Este fue el comienzo de un conflicto que mantuvo dividido a Oxford durante la siguiente década, cuando Newman pasó de ser un tímido y joven universitario al carismático líder de una cruzada para combatir el espíritu de los tiempos y purgar a Oxford de la herejía. Blanco nunca se recobró de la impresión de ver a educados jóvenes ingleses en ferviente búsqueda de todo aquello de lo que él había huido, e incluso abrazando a la Mujer Escarlata. No se quedó a ver lo peor. Su experiencia en Oxford revivió su apasionada antipatía por la religión dogmática e institucionalizada, y le apartó de la Iglesia de Inglaterra. Así, se trasladó a Liverpool, al margen de la sociedad inglesa. El margen, después de todo, era su sitio natural. Allí, libre de ataduras, podía ejercer su papel de crítico y profeta. Pero no era una posición cómoda. La pertenencia a la comunidad unitaria no bastaba para satisfacer su necesidad de decir *nosotros*.

Es interesante verle en Liverpool, mirando a Inglaterra y los ingleses de nuevo, a través de un telescopio español, por así decir. Trece años antes había escrito una serie de *Cartas de Inglaterra*, donde presentaba a la sociedad inglesa a los lectores españoles como un modelo de democracia cívica, jovial y tolerante. Pero ahora la famosa moderación inglesa a la que había alabado en las páginas de *El Español* se le antojaba más bien pereza intelectual y afán de evasión. Los ingleses eran como los marineros de Colón: «temerosos de ir demasiado lejos», reticentes a perseguir un argumento hasta su conclusión lógica. Nada en Oxford le exasperaba más que oír a clérigos satisfechos de sí mismos explicando desde el púlpito los problemas del universo mediante perogrulladas consoladoras. Irónicamente, comparaba a estos predicadores con las *despeñadoras* que en los remotos pueblos de Castilla practicaban el secreto y antiguo arte de librar a los moribundos de sus dolores. Los sermones ingleses, en otras palabras, eran una forma de eutanasia intelectual. Los ingleses siguen la línea de pensamiento cautelosa y prudente de que la crítica no debe ser simplemente destructiva: debe ir acompañada de propuestas constructivas y factibles. Blanco rechazó esta idea con vehemencia, ya que creía que la tierra debería ser implacablemente arrasada y limpiada de error. Entonces, y sólo entonces, podía empezar el trabajo de repoblación.

Algunas de sus críticas más condenatorias de la sociedad inglesa se hallan en la novela inacabada de sus últimos años: *Luisa de Bustamante*. La sociedad que aquí describe está dominada por el mercantilismo, la hipocresía, la pretenciosidad, el filisteísmo, el vicio y la vulgaridad, y Londres es un lugar «donde el dinero es omnipotente, porque la sed del dinero es universal e insaciable». Gran parte de esta crítica social anticipa lo que más tarde sería proclamado por novelistas como Charles Dickens. ¡A Blanco le hubiera encantado Dickens! Dickens puso a trabajar sus incomparables poderes de imaginación creativa en la causa de la reforma social. Sus novelas despertaron la conciencia de la nación y cambiaron la sociedad, y ese era precisamente el papel que Blanco atribuía al escritor: «Los intereses del hombre social, su progreso como ser racional y social, deben ser ahora la finalidad de toda obra de literatura y arte».

¿Qué legado dejó Blanco a su país de adopción? Él pensaba que era su último testamento, *Observaciones sobre Herejía y Ortodoxia*, pero incluso en vida del autor el libro recibió poca atención, y ahora está totalmente olvidado. Su mayor impacto fue póstumo, después de la publicación de su *Vida y Cartas*, que reveló su larga lucha con la duda. Esta obra articulaba pensamientos que estaban latentes pero suprimidos en muchas mentes del comienzo de la era victoriana, y el relato de su conflicto interno supuso un especial alivio para las lectoras educadas, que eran más presionadas para adoptar una postura conformista. Pero aunque tuvo una influencia catalizadora y liberadora sobre algunos, su efecto disuasorio sobre otros fue más importante. En otra ocasión he propuesto que fue crucial para que Newman se decidiera a unirse a la Iglesia de Roma, y Newman no fue el único lector que extrajo esta moraleja de la vida de Blanco. Ésta parecía demostrar que sólo había dos opciones: *o Roma, o nada*.

La breve pero intensa amistad entre Blanco y Newman en Oxford durante los años 1826-32 es rica en ironía dramática. La trayectoria de Newman es la inversa a la de Blanco. Él leyó y meditó para entrar en la Iglesia, al igual que Blanco había leído y meditado para salir de ella. Como Blanco, sacrificó el lugar que más amaba (Oxford) y dejó amigos, familia y una posición de prestigio. Había leído para entrar en la *Iglesia de los Padres*, la Iglesia del siglo IV, pero la Iglesia a la que acabó uniéndose, tal como existía en la Inglaterra de mediados del siglo XIX, era una secta minoritaria, intelectualmente mediocre, compuesta en su mayor parte por irlandeses inmigrantes, y despreciada por la alta sociedad inglesa. Por ello, Newman se marginó a sí mismo, al igual que Blanco se marginó al convertirse en unitario, y quizás esto explica porqué Newman escribió después sobre Blanco con tanto respeto y comprensión. El destino final de los dos, sin embargo, fue muy distinto. Newman acabó su vida siendo Cardenal y,

ya anciano, regresó a Oxford para ser honrado por su antiguo colegio. Blanco fue olvidado.

Los escritos de Newman están saturados de un tema dominante: su convicción de que la razón por sí sola es una guía inadecuada para la vida. Así define, para atacarlo, lo que él llama «el principio del liberalismo»: que la verdad y la falsedad en religión son sólo materias de discusión; que nadie es responsable de sus opiniones; que basta con que creamos sinceramente lo que profesamos; que nuestro mérito estriba en buscar, no en poseer; que las creencias pertenecen sólo al intelecto, no a éste y al corazón... Me parece que esa definición es un torpe resumen, quizás tendencioso, de las convicciones más apasionadas de Blanco. Y cuando Newman prosigue para definir lo que él llama «dogmatismo» (y no usa el término en sentido peyorativo), está enunciando puntos de vista a los que Blanco se oponía apasionadamente. «El hombre», declaró Newman, «no es un animal racional: es un animal que ve, que siente, que contempla y que actúa».

Desgraciadamente, no sabemos de que discutían Blanco y Newman en sus largas conversaciones en Oxford, pero creo que Newman entendió a Blanco mejor que la mayoría de los ingleses, y aunque le amaba como hombre, llegó a verle como un ejemplo aleccionador de lo que él, Newman, podría llegar a ser si se ponía a merced de sus opiniones.

Para concluir, pues, es José María Blanco y Crespo quien ha superado la prueba del tiempo, no Joseph Blanco White. Lo que pierde Inglaterra lo gana España. Cuando escribí mi biografía de Blanco, publicada en 1989, asumí que el lector inglés tendría escasos conocimientos previos sobre el tema. No diré que el libro fue un best-seller, pero me agradó mucho que varios críticos señalaran que, al acabar de leer el libro, habían adquirido un nuevo respeto por, y una apreciación de, una figura descuidada: un hombre que afectó el curso de la historia intelectual de Inglaterra, aunque no siempre como él pretendía.

Martin MURPHY